



ETAPA del Encuentro: (Discípulo) Santo

Meditación:	“ Lectio Divina ”: La Anunciación : Dios tiene un plan para mí - Hágase en mí
Charla doctrinal:	La vida del Hombre Nuevo: La Gracia participación de la Vida Divina
Charla doctrinal:	Los Sacramentos como Vida para nuestra vida
	Visita al Santísimo
Meditación:	El Buen Samaritano: El prójimo en mi vida
Charla/testimonio:	Familia Iglesia doméstica
Meditación:	Oración: Hablar con Dios
	La Lectio Divina
Meditación:	Los Discípulos de Emaús en la Misa Explicada

SÁBADO: SANTOS Y SANTAS “Encuentro con la Misericordia de Dios: El día del escándalo: No puedo ser viejo y nuevo al mismo tiempo”

06:30	Despertar al Equipo	Campanillero		
07:00	Despertar a los Participantes Levantar a los participantes Primero música suave, segundo entrar personalmente a los cuartos y recién tercero (si es necesario) la campana	Animador y Equipo de Auxiliares Cada uno en el dormitorio que tiene a su cargo hasta que sale el último chico		Al despertar, <i>Guía p.61</i>
07:25	11- “Lectio Divina”: La Anunciación (La nueva creación en María) Comienza el ciclo mariano, no se ha tocado su llamado al hablar de los Profetas para poder dedicarle mayor atención ahora. Dios tiene un plan para mí - Hágase en mi	Auxiliar Capilla <i>¿?</i>	Lc 1,26-38	CANCIÓN: Andrea Bocelli - Ave María <i>Cántico de María, Guía p.64</i> <i>Dulce muchacha, Guía p.70</i> Contemplar: “La Anunciación”, <i>Guía p.29</i>

Se rompe el silencio

11 – “Lectio Divina”: La Anunciación

Metodología: Es una meditación que se hace al modo de “Lectio Divina” entre todos.

Hay un responsable, pero su participación se centra en dirigir las lecturas, eventualmente un canto, y desarrollar “Qué dice la escritura”, luego “Qué me dice la escritura” se compone entre todo el Equipo de Auxiliares, de modo espontáneo, pero teniendo en cuenta la finalidad y núcleo de la meditación. En la tercera lectura se enseña y alienta a los participantes a “decirle” repitiendo un versículo o una palabra de especial significación para ellos.

Duración: No más de 30 minutos

Finalidad: Dios que se le propone al hombre, María que acepta unir su proyecto de vida al proyecto de Dios y que de ese modo permite que Dios llegue al mundo.

Hoy Dios se me propone, yo puedo aceptar unir mi proyecto de vida al proyecto de Dios y de ese modo permitir que Dios llegue al mundo.

Evangelio según San Lucas Cap 1, 26-38:

Santo Domingo Tandil



Al sexto mes fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María. Y entrando, le dijo: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo.» Ella se conturbó por estas palabras, y discurría qué significaría aquel saludo. El ángel le dijo: «No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin.» María respondió al ángel: «¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?» El ángel le respondió: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios. Mira, también Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo en su vejez, y este es ya el sexto mes de aquella que llamaban estéril, porque ninguna cosa es imposible para Dios.» Dijo María: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.» Y el ángel, dejándola, se fue.

Núcleo doctrinario: La Encarnación del Hijo de Dios, verdadero Dios y verdadero hombre y el valor que en él adquiere todo lo humano.



Meditaciones

1. JÁLICS, Francisco (1975), *Aprendiendo a orar*, San Pablo, Buenos Aires, p. 80-84.

Quedarse en silencio

Esta contemplación consiste, por lo tanto, en imaginar la escena evangélica como si uno estuviera presente y sentir lo que la gente sintió ante Jesucristo o la Virgen Y de esta manera entrar en comunicación con el Señor. Es importante que el razonamiento tiene que quedarse atrás ante una actitud más simple de participar, de compartir, de acompañar y de conectarse con las personas.

Una ilustración detallada con una explicación del modo de proceder puede ayudar. Tomemos el pasaje de la anunciación (Le. 1, 26-38):

Al cabo de seis meses, Dios envió al ángel Gabriel donde una joven virgen llamada María que vivía en una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, y que era prometida de José, de la familia de David.



Entró el ángel a su casa y le dijo: "Alégrate tú, la Amada y Favorecida, el Señor está contigo". Estas palabras la impresionaron y se preguntaba qué quería decir ese saludo. Pero el ángel le dijo: "No temas, María, porque has encontrado el favor de Dios. Vas a quedar embarazada y darás a luz a un hijo, al que pondrás el nombre de Jesús. Será grande entre los grandes y con razón lo llamarán: Hijo del Altísimo. Dios le dará el trono de David, su antepasado. Gobernará por siempre el pueblo de Jacob y su reino no terminará jamás".

María, entonces, dijo al ángel: "¿Cómo podré ser madre si no tengo relación con ningún hombre?". Contestó el ángel: "ti Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder divino te cubrirá con su sombra; por eso tu hijo será santo y con razón lo llamarán Hijo de Dios. Ahí tiene a tu parienta Isabel: en su vejez ha quedado esperando un hijo, y la que no podía tener familia se encuentra ya en el sexto mes de embarazo; porque para Dios nada es imposible".

Dijo María "Yo soy la esclava del Señor, que se haga en mi lo que has dicho", Después de estas palabras el ángel se retiró.

A lo mejor conviene leer por segunda vez para grabar bien lo que dice. Mientras tanto, uno ya ve desfilar el acontecimiento ante sus ojos.

Cuando ya se informó bien del acontecimiento se sienta para la oración y hace tranquilamente una buena relajación para lograr una serenidad mental mucho mayor aún. Si le gusta como hemos dicho puede empezar con la señal de la cruz y con un Padrenuestro. No dudo en repetir que esta oración depende esencialmente de la paz de la mente y del corazón, sin la cual no puede resultar.

Después de esto empieza con la imaginación ambiental de la escena. Uno se imagina en el lugar. Imagina la calle, delante de la casa donde vive la Virgen. Una calle de un pueblo de la época o, mejor, de un caserío. Ve piedras en el camino y siente el sol y el aire seco. La casa de los padres de la Virgen es bajita, blanqueada con cal. Me imagino que entro por una puerta gastada y pobre. Entro y siento en seguida un clima agradable, espiritual. Miro las paredes. Revoque rústico y alguna decoración. El piso es de tierra. Me imagino la cocina con sus utensilios precarios: ollas, jarros y platos. Por la puerta de atrás se ve el patio y, más allá, el huerto. Me detengo en la imaginación de la casa. Luego me fijo en la Virgen. Su vestido es sencillo, pero toda su figura transparenta juventud, serenidad y paz. Demoro contemplándola un buen rato. Miro sus gestos. La imagino cocinando. Miro su cara. Puedo buscar su mirada. Pasa tiempo. Me quedo con ella. No me apuro sino que trato de tomar contacto con ella. Sigo imaginándola un buen rato. De a poco empiezo a sentirme presente y la veo o por lo menos la siento sin poder verla. A lo mejor me viene una sensación de respeto, de admiración, de no querer interrumpirla o directamente me siento pequeño, indigno. Sigo mirándola con profundo respeto y cariño.

Luego me imagino que ella empieza a mirar alrededor como si buscara a alguien. Siente que alguien está presente pero todavía no lo localiza del todo. Luego el ángel se materializa más y ello lo distingue. Miro el ángel. Trato de imaginar cómo es. Lo imagino con luz y una majestad sencilla. Tiene una fuerza divina, mucha claridad, pero con un tinte de suavidad y delicadeza para adaptarse a la situación de ella. Es impresionante.

Escucho cómo saluda: "Alégrate, tú, Amada y Favorecida de Dios". Siento amabilidad y respeto. El ángel percibe la tremenda paz y la pureza del corazón de la Virgen y, como si percibiera que el Verbo ya estuviera cerca, le dice: "El Señor está contigo". Una pausa. Mira a la Virgen. Quedó impresionada. Pasan algunos segundos y ella está todavía sin saber qué está pasando. El ángel le da tiempo para que reaccione. Luego escucho que le dice que no tenga miedo y le anuncia: "Vas a quedarte embarazada y darás a luz a un hijo, al que pondrás el nombre de Jesús". Miro la cara de la Virgen y sigo escuchando al ángel. Describe la trayectoria de Jesús: "...será grande... Elijo del Altísimo... el trono de David... gobernará... su reino no terminará jamás". Silencio. Miro la cara de la Virgen. Con una inmensa serenidad dice: "¿Cómo podré ser madre si no tengo relación con ningún hombre?". Miro otra vez al ángel que le contesta: "El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra". Noto que el ambiente se ha llenado de luz. El ángel sigue hablando de Isabel y luego, silencio. Miro la cara de la Virgen. En sus ojos se ve que la elaboración ya ha terminado. Ya consintió, aceptó el



anuncio y la presencia de Dios la inundó más intensamente. Mira en los ojos del ángel y dice: "Yo soy la esclava del Señor, que se haga en mí lo que has dicho". Silencio. Un misterio abismal. Me imagino un momento la inmensidad del universo, los millones de seres humanos del pasado, del presente y del futuro. La misericordia de Dios Padre quiere salvarlos. No pienso, es un tratar de sentirlo y luego me ubico otra vez en la casita. El ángel va retirándose. En el ambiente se siente más y más luz invisible. María está embarazada. En sus ojos hay brillo de futura mamá. Me quedo con ella un buen rato. Quizás una buena parte de mi oración. Trato de sentirla. Y cuando la siento me quedo acompañándola. Le digo lo que se me ocurre decirle. A lo mejor le pregunto cómo se siente o le digo cómo me siento yo. Pero todo esto de una manera puramente mental, sin palabras. Finalmente, termino la relajación y rezo un Avemaría.

Tenemos que analizar esa contemplación porque el lector la hizo leyéndola y el esfuerzo de ambientación lo hice yo. Además, el lector estuvo imaginando sólo secundariamente, como consecuencia de la lectura. Posiblemente leía: "me quedo en silencio", "me quedo un buen rato", pero no lo hizo. Mi intención no era que ahora tuviera un momento de contemplación sino que aprendiera a hacerla sólo, y por eso tengo que explicar lo que hemos hecho.

Ante todo, puedo observar que introduje muchos elementos al texto del Evangelio pero ninguna reflexión. Trato de ver, de sentir, de escuchar, observo, miro, etcétera. En toda la descripción no hay ni un solo razonamiento, sino participar, sentir, imaginar. Esto implica un esfuerzo de imaginación. La imaginación es un medio para que pueda sentirme realmente presente. Por medio de la imaginación visual, auditiva y del tacto me pongo en comunicación con el acontecimiento espiritual. Después se puede observar que la atención va pasando de los elementos materiales al acontecimiento espiritual. Primero vi la calle, la casa, las paredes, la cocina; luego las personas, sus vestidos, sus gestos, palabras, miradas y, después de un contacto más visual y auditivo, empecé a imaginar lo que sentían. La imaginación de los objetos materiales es importante para empezar a sentir y el sentir es necesario para llegar a estar presente y participar. El acercamiento a las personas se hace, igualmente, por lo exterior y material y al final se llega a sus sentimientos y vivencias. Este proceso apunta a una comunicación como de pura presencia que ya no es imaginación sino algo espiritual. Si se queman las etapas puede no resultar.

2. Beata Teresa de Calcuta (1910 – 1997), fundadora de la Hermanas Misioneras de la Caridad ***Un camino muy sencillo***

No hay dos mundos: el físico y el espiritual; no hay más que uno: el Reino de Dios «en la tierra como en el cielo» (Mt 6,10).

Muchos de entre nosotras dicen al orar: «Padre nuestro que estás en los cielos». Piensan que Dios está allá arriba lo que da lugar a tener la idea de una separación entre los dos mundos. A muchos occidentales les gusta hacer una distinción entre la materia y el espíritu. Pero cualquier verdad es una y la realidad también. Si admitimos la encarnación de Dios, que para los cristianos se da en la persona de Jesucristo, entonces empezamos a tomar las cosas en serio.

3. Catequesis de Juan Pablo II:

La fe de la Virgen María

Catequesis de Juan Pablo II (3-VII-96)

1. En la narración evangélica de la Visitación, Isabel, «llena de Espíritu Santo», acogiendo a María en su casa, exclama: «¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!» (Lc 1,45). Esta bienaventuranza, la primera que refiere el evangelio de san Lucas, presenta a María como la mujer que con su fe precede a la Iglesia en la realización del espíritu de las bienaventuranzas.

El elogio que Isabel hace de la fe de María se refuerza comparándolo con el anuncio del ángel a Zacarías. Una lectura superficial de las dos anunciaciones podría considerar semejantes las respuestas de Zacarías y de María al mensajero divino: «¿En qué lo conoceré? Porque yo soy viejo y mi mujer



avanzada en edad», dice Zacarías; y María: «¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?» (Lc 1,18.34). Pero la profunda diferencia entre las disposiciones íntimas de los protagonistas de los dos relatos se manifiesta en las palabras del ángel, que reprocha a Zacarías su incredulidad, mientras que da inmediatamente una respuesta a la pregunta de María. A diferencia del esposo de Isabel, María se adhiere plenamente al proyecto divino, sin subordinar su consentimiento a la concesión de un signo visible.

Al ángel que le propone ser madre, María le hace presente su propósito de virginidad. Ella, creyendo en la posibilidad del cumplimiento del anuncio, interpela al mensajero divino sólo sobre la modalidad de su realización, para corresponder mejor a la voluntad de Dios, a la que quiere adherirse y entregarse con total disponibilidad. «Buscó el modo; no dudó de la omnipotencia de Dios», comenta san Agustín (*Sermo* 291).

2. También el contexto en el que se realizan las dos anunciaciones contribuye a exaltar la excelencia de la fe de María. En la narración de san Lucas captamos la situación más favorable de Zacarías y lo inadecuado de su respuesta. Recibe el anuncio del ángel en el templo de Jerusalén, en el altar delante del «Santo de los Santos» (cf. Ex 30,6-8); el ángel se dirige a él mientras ofrece el incienso; por tanto, durante el cumplimiento de su función sacerdotal, en un momento importante de su vida; se le comunica la decisión divina durante una visión. Estas circunstancias particulares favorecen una comprensión más fácil de la autenticidad divina del mensaje y son un motivo de aliento para aceptarlo prontamente.

Por el contrario, el anuncio a María tiene lugar en un contexto más simple y ordinario, sin los elementos externos de carácter sagrado que están presentes en el anuncio a Zacarías. San Lucas no indica el lugar preciso en el que se realiza la anunciación del nacimiento del Señor; refiere, solamente, que María se hallaba en Nazaret, aldea poco importante, que no parece predestinada a ese acontecimiento. Además, el evangelista no atribuye especial importancia al momento en que el ángel se presenta, dado que no precisa las circunstancias históricas. En el contacto con el mensajero celestial, la atención se centra en el contenido de sus palabras, que exigen a María una escucha intensa y una fe pura.

Esta última consideración nos permite apreciar la grandeza de la fe de María, sobre todo si la comparamos con la tendencia a pedir con insistencia, tanto ayer como hoy, signos sensibles para creer. Al contrario, la aceptación de la voluntad divina por parte de la Virgen está motivada sólo por su amor a Dios.

3. A María se le propone que acepte una verdad mucho más alta que la anunciada a Zacarías. Éste fue invitado a creer en un nacimiento maravilloso que se iba a realizar dentro de una unión matrimonial estéril, que Dios quería fecundar. Se trata de una intervención divina análoga a otras que habían recibido algunas mujeres del Antiguo Testamento: Sara (Gn 17,15-21; 18,10-14), Raquel (Gn 30,22), la madre de Sansón (Jc 13,1-7) y Ana, la madre de Samuel (1 S 1,11-20). En estos episodios se subraya, sobre todo, la gratuidad del don de Dios.

María es invitada a creer en una maternidad virginal, de la que el Antiguo Testamento no recuerda ningún precedente. En realidad, el conocido oráculo de Isaías: «He aquí que una doncella está encinta y va a dar a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel» (Is 7,14), aunque no excluye esta perspectiva, ha sido interpretado explícitamente en este sentido sólo después de la venida de Cristo, y a la luz de la revelación evangélica.

A María se le pide que acepte una verdad jamás enunciada antes. Ella la acoge con sencillez y audacia. Con la pregunta: «¿Cómo será esto?», expresa su fe en el poder divino de conciliar la virginidad con su maternidad única y excepcional.

Respondiendo: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra» (Lc 1,35), el ángel da la inefable solución de Dios a la pregunta formulada por María. La virginidad, que parecía un obstáculo, resulta ser el contexto concreto en que el Espíritu Santo realizará en ella la concepción del Hijo de Dios encarnado. La respuesta del ángel abre el camino a la cooperación de la Virgen con el Espíritu Santo en la generación de Jesús.



4. En la realización del designio divino se da la libre colaboración de la persona humana. María, creyendo en la palabra del Señor, coopera en el cumplimiento de la maternidad anunciada.

Los Padres de la Iglesia subrayan a menudo este aspecto de la concepción virginal de Jesús. Sobre todo san Agustín, comentando el evangelio de la Anunciación, afirma: «El ángel anuncia, la Virgen escucha, cree y concibe» (*Sermo 13 in Nat. Dom.*). Y añade: «Cree la Virgen en el Cristo que se le anuncia, y la fe le trae a su seno; desciende la fe a su corazón virginal antes que a sus entrañas la fecundidad maternal» (*Sermo 293*).

El acto de fe de María nos recuerda la fe de Abraham, que al comienzo de la antigua alianza creyó en Dios, y se convirtió así en padre de una descendencia numerosa (cf. Gn 15,6; *Redemptoris Mater*, 14). Al comienzo de la nueva alianza también María, con su fe, ejerce un influjo decisivo en la realización del misterio de la Encarnación, inicio y síntesis de toda la misión redentora de Jesús.

La estrecha relación entre fe y salvación, que Jesús puso de relieve durante su vida pública (cf. Mc 5,34; 10,52; etc.), nos ayuda a comprender también el papel fundamental que la fe de María ha desempeñado y sigue desempeñando en la salvación del género humano.

[*L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, del 5-VII-96]



Goya: La Anunciación (1785) (Boston)

La esclava obediente del Señor

Catequesis de Juan Pablo II (4-IX-96)

1. Las palabras de María en la Anunciación: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38), ponen de manifiesto una actitud característica de la religiosidad hebrea. Moisés, al comienzo de la antigua alianza, como respuesta a la llamada del Señor, se había declarado su siervo (cf. Ex 4,10; 14,31). Al llegar la nueva alianza, también María responde a Dios con un acto de libre sumisión y de consciente abandono a su voluntad, manifestando plena disponibilidad a ser «la esclava del Señor».

La expresión «siervo» de Dios se aplica en el Antiguo Testamento a todos los que son llamados a ejercer una misión en favor del pueblo elegido: Abraham (Gn 26,24), Isaac (Gn 24,14) Jacob (Ex 32,13; Ez 37,25), Josué (Jos 24,29), David (2 Sm 7,8) etc. Son siervos también los profetas y los sacerdotes, a quienes se encomienda la misión de formar al pueblo para el servicio fiel del Señor. El libro del profeta Isaías exalta en la docilidad del «Siervo sufriente» un modelo de fidelidad a Dios con la esperanza de rescate por los pecados del pueblo (cf. Is 42-53). También algunas mujeres brindan ejemplos de fidelidad, como la reina Ester, que, antes de interceder por la salvación de los hebreos, dirige una oración a Dios, llamándose varias veces «tu sierva» (Est 4,17).

2. María, la «llena de gracia», al proclamarse «esclava del Señor», desea comprometerse a realizar personalmente de modo perfecto el servicio que Dios espera de todo su pueblo. Las palabras: «He aquí la esclava del Señor» anuncian a Aquel que dirá de sí mismo: «El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos» (Mc 10,45; cf. Mt 20,28). Así, el Espíritu Santo realiza entre la Madre y el Hijo una armonía de disposiciones íntimas, que permitirá a María asumir plenamente su función materna con respecto a Jesús, acompañándolo en su misión de



Siervo.

En la vida de Jesús, la voluntad de servir es constante y sorprendente. En efecto, como Hijo de Dios, hubiera podido con razón hacer que le sirvieran. Al atribuirse el título de «Hijo del hombre», a propósito del cual el libro de Daniel afirma: «Todos los pueblos, naciones y lenguas le servirán» (Dn 7,14), hubiera podido exigir el dominio sobre los demás. Por el contrario, al rechazar la mentalidad de su tiempo manifestada mediante la aspiración de los discípulos a ocupar los primeros lugares (cf. Mc 9,34) y mediante la protesta de Pedro durante el lavatorio de los pies (cf. Jn 13,6), Jesús no quiere ser servido, sino que desea servir hasta el punto de entregar totalmente su vida en la obra de la redención.

3. También María, aun teniendo conciencia de la altísima dignidad que se le había concedido, ante el anuncio del ángel se declara de forma espontánea «esclava del Señor». En este compromiso de servicio ella incluye también su propósito de servir al prójimo, como lo demuestra la relación que guardan el episodio de la Anunciación y el de la Visitación: cuando el ángel le informa de que Isabel espera el nacimiento de un hijo, María se pone en camino y «de prisa» (Lc 1,39) acude a Galilea para ayudar a su prima en los preparativos del nacimiento del niño,

con plena disponibilidad. Así brinda a los cristianos de todos los tiempos un modelo sublime de servicio.

Las palabras «Hágase en mi según tu palabra» (Lc 1,38), manifiestan en María, que se declara esclava del Señor, una obediencia total a la voluntad de Dios. El optativo «hágase» (*génoito*), que usa san Lucas, no sólo expresa aceptación, sino también acogida convencida del proyecto divino, hecho propio con el compromiso de todos sus recursos personales.

4. María, acogiendo plenamente la voluntad divina, anticipa y hace suya la actitud de Cristo que, según la carta a los Hebreos, al entrar en el mundo, dice: «Sacrificio y obediencia no quisiste; pero me has formado un cuerpo (...). Entonces dije: ¡He aquí que vengo (...) a hacer, oh Dios, tu voluntad!» (Hb 10,5-7; Sal 40,7-9).

Además, la docilidad de María anuncia y prefigura la que manifestará Jesús durante su vida pública hasta el Calvario. Cristo dirá: «Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra» (Jn 4,34). En esta misma línea, María hace de la voluntad del Padre el principio inspirador de toda su vida, buscando en ella la fuerza necesaria para el cumplimiento de la misión que se le confió.

Aunque en el momento de la Anunciación María no conoce aún el sacrificio que caracterizará la misión de Cristo, la profecía de Simeón le hará vislumbrar el trágico destino de su Hijo (cf. Lc 2,34-35). La Virgen se asociará a él con íntima participación. Con su obediencia plena a la voluntad de Dios, María está dispuesta a vivir todo lo que el amor divino tiene previsto para su vida, hasta la «espada» que atravesará su alma.

[L'Osservatore Romano, edición semanal en lengua española, del 6-IX-96]

María, nueva Eva

Catequesis de Juan Pablo II (18-IX-96)

1. El concilio Vaticano II, comentando el episodio de la Anunciación, subraya de modo especial el valor del consentimiento de María a las palabras del mensajero divino. A diferencia de cuanto sucede en otras narraciones bíblicas semejantes, el ángel lo espera expresamente: «El Padre de las misericordias quiso que el consentimiento de la que estaba predestinada a ser la Madre precediera a la Encarnación para que, así como una mujer contribuyó a la muerte, así también otra mujer contribuyera a la vida» (*Lumen gentium*, 56).



La *Lumen gentium* recuerda el contraste entre el modo de actuar de Eva y el de María, que san Ireneo ilustra así: «De la misma manera que aquella -es decir, Eva- había sido seducida por el discurso de un ángel, hasta el punto de alejarse de Dios desobedeciendo a su palabra, así ésta -es decir, María- recibió la buena nueva por el discurso de un ángel, para llevar en su seno a Dios, obedeciendo a su palabra; y como aquélla había sido seducida para desobedecer a Dios, ésta se dejó convencer a obedecer a Dios; por ello, la Virgen María se convirtió en abogada de la virgen Eva. Y de la misma forma que el género humano había quedado sujeto a la muerte a causa de una virgen, fue librado de ella por una Virgen; así la desobediencia de una virgen fue contrarrestada por la obediencia de una Virgen...» (*Adv. Haer.*, 5, 19, 1).

2. Al pronunciar su «sí» total al proyecto divino, María es plenamente libre ante Dios. Al mismo tiempo, se siente personalmente responsable ante la humanidad, cuyo futuro está vinculado a su respuesta.

Dios pone el destino de todos en las manos de una joven. El «sí» de María es la premisa para que se realice el designio que Dios, en su amor, trazó para la salvación del mundo.

El *Catecismo de la Iglesia católica* resume de modo sintético y eficaz el valor decisivo para toda la humanidad del consentimiento libre de María al plan divino de la salvación: «La Virgen María colaboró por su fe y obediencia libres a la salvación de los hombres. Ella pronunció su "fiat" "ocupando el lugar de toda la naturaleza humana". Por su obediencia, ella se convirtió en la nueva Eva, madre de los vivientes» (n. 511).

3. Así pues, María, con su modo de actuar, nos recuerda la grave responsabilidad que cada uno tiene de acoger el plan divino sobre la propia vida. Obedeciendo sin reservas a la voluntad salvífica de Dios que se le manifestó a través de las palabras del ángel, se presenta como modelo para aquellos a quienes el Señor proclama bienaventurados, porque «oyen la palabra de Dios y la guardan» (Lc 11,28). Jesús, respondiendo a la mujer que, en medio de la multitud, proclama bienaventurada a su madre, muestra la verdadera razón de ser de la bienaventuranza de María: su adhesión a la voluntad de Dios, que la llevó a aceptar la maternidad divina.

En la encíclica *Redemptoris Mater* puse de relieve que la nueva maternidad espiritual, de la que habla Jesús, se refiere ante todo precisamente a ella. En efecto, «¿no es tal vez María la primera entre "aquellos que escuchan la palabra de Dios y la cumplen"? Y por consiguiente, ¿no se refiere sobre todo a ella aquella bendición pronunciada por Jesús en respuesta a las palabras de la mujer anónima?» (n. 20). Así, en cierto sentido, a María se la proclama la primera discípula de su Hijo (cf. ib.) y, con su ejemplo, invita a todos los creyentes a responder generosamente a la gracia del Señor.

4. El concilio Vaticano II destaca la entrega total de María a la persona y a la obra de Cristo: «Se entregó totalmente a sí misma, como esclava del Señor, a la persona y a la obra de su Hijo. Con él y en dependencia de él, se puso, por la gracia de Dios todopoderoso, al servicio del misterio de la redención» (*Lumen gentium*, 56).

Para María, la entrega a la persona y a la obra de Jesús significa la unión íntima con su Hijo, el compromiso materno de cuidar de su crecimiento humano y la cooperación en su obra de salvación.

María realiza este último aspecto de su entrega a Jesús *en dependencia de él*, es decir, en una condición de subordinación, que es fruto de la gracia. Pero se trata de una verdadera cooperación, porque se realiza *con él* e implica, a partir de la anunciación, una participación activa en la obra redentora. «Con razón, pues, -afirma el concilio Vaticano II- creen los santos Padres que Dios no utilizó a María como un instrumento puramente pasivo, sino que ella colaboró por su fe y obediencia libres a la salvación de los hombres. Ella, en efecto, como dice san Ireneo, "por su obediencia fue causa de la salvación propia y de la de todo el género humano" (*Adv. Haer.*, 3, 22, 4)» (ib.)

María, asociada a la victoria de Cristo sobre el pecado de nuestros primeros padres, aparece como la verdadera «madre de los vivientes» (ib.). Su maternidad, aceptada libremente por obediencia al designio divino, se convierte en fuente de vida para la humanidad entera.

[*L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, del 20-IX-96]